

“APOCALIPSIS”, DEL TERROR A LA ESPERANZA

“¡Eso es apocalíptico!” Cuántas veces hemos escuchado esta expresión u otras parecidas con significado de algo terrible, catastrófico... Quizás lo realmente “catastrófico” (del griego *kata-strofé*, lo que se abate o destruye) es la tergiversación del término “apocalipsis”. El “error” se ha convertido en “terror”. La literatura y las películas de ficción lo han impulsado. Ahora, con motivo de la pandemia que azota el mundo, con frecuencia se están haciendo lecturas en esa línea de miedo y angustia, que poco o nada tienen que ver con el bello y edificante libro del Nuevo Testamento, que lleva el nombre de “Apocalipsis de san Juan”.

La apocalíptica fue un movimiento amplio y vigoroso. Duró por lo menos cuatro siglos e impactó mucho las tradiciones judías y cristianas. Existe una gran cantidad de producción literaria apocalíptica dentro y fuera de la Biblia. Con un enunciado muy simple e inicial, podemos definir el movimiento apocalíptico, como una lectura de la historia, en clave de esperanza. Nunca de temor. Pero se trata de una esperanza lúcida y realista, que reconoce la existencia de una tierra preñada de luchas e, incluso, de un cielo de conflictos. Esta esperanza va unida a la fidelidad a Dios, Señor de la vida y de la historia. Pero, ¿de qué historia se trata?

Para la cultura griega y latina, el tiempo y la historia se entienden como algo cíclico. Días, semanas, meses, años, siglos... que parecen girar en redondeles, produciendo incesantemente los mismos acontecimientos. Para los hombres de la Biblia, incluyendo, por tanto, el Apocalipsis, el tiempo traza una línea ascendente. Aquí acontece la historia salvífica, que avanza y progresa hacia un punto final.

El devenir de la historia, en última instancia, depende de Dios. Sin embargo Él respeta las decisiones humanas. Más bien, elige a quien debe hablar en su nombre, el “profeta” (del griego *pro-femí* = hablar por, en lugar, a favor de), para que transmita su mensaje y ayude a entender y a vivir el proyecto de salvación, que de modo creciente, acontece en el tiempo, entre luces de gracia y sombras de pecado.

Todo aquel que habla en nombre de Dios es su “profeta”, en sentido amplio (incluido el autor del Apocalipsis). A éste le interesa el futuro, en cuanto da sentido al presente. El profeta, es ante todo “el hombre del presente”. El mensaje que recibe y transmite se ubica en el proyecto de salvación de Dios, desde el cual busca iluminar el momento actual, para que las personas respondan “aquí y ahora”. Se asoma al futuro, sobre todo a través del discernimiento. Desde esta perspectiva es posible comprender bien el profetismo propiamente tal y también la apocalíptica.

El profeta tiene una doble misión. Por una parte denuncia todo lo que aparta de Dios y destruye su proyecto, el pecado, en sus dos formas principales: la idolatría y la injusticia. Por otra parte, y sobre todo, el profeta anuncia la esperanza en el Dios que salva, cura y redime. A pesar de tantas maldades, siempre hay un destello de esperanza, incluso en los peores escenarios. Los dos aspectos van a estar presentes, aunque expresados de forma distinta, en la “hija” de la profecía, la apocalíptica. Ésta, cuando “su madre” declina, empieza a crecer. Las situaciones críticas, como las persecuciones, la propician. Así ocurrió en el s. II a.C., durante la rebelión macabea, cuando surgió el primer apocalipsis propiamente tal, el libro de Daniel, aunque ya existían algunos gérmenes (Is 24-27; Zac 9-14, etc.).

La teología de la historia en la apocalíptica, de manera análoga a la profética, busca ayudar al pueblo de Dios a discernir la hora que le toca vivir y a responder adecuadamente a ella. Denuncia sin ambages el pecado y la maldad que se cierne en el mundo y en el universo, pero sobre todo anuncia la esperanza en la salvación definitiva. Por encima de eventos particulares o aislados, a la teología apocalíptica le interesa el completo y complejo arco de la historia. Ayuda a descubrir lo que el Señor y soberanos del tiempo está realizando, según su plan (lo que ha de suceder) y pidiendo que sus fieles se involucren en él (lo que han de hacer).

A pesar de que el Apocalipsis de san Juan está enraizado en los dolorosos acontecimientos de las persecuciones, a finales siglo I d.C. (quizás en tiempo de Domiciano), sin embargo, con su rico carácter simbólico (que sólo puede ser bien entendido desde la simbología bíblica del AT), se abre a una significación universal, para la Iglesia de todos los tiempos. Partiendo del presente, se proyecta al futuro, surcando tiempos y espacios. El contexto litúrgico en que se sitúa desde el inicio, y que se mantiene a lo largo de todo el libro, permite descubrir una Iglesia, asamblea litúrgica, capaz de comprender la historia, de apreciarla y de encarnar en su realidad concreta su vocación trascendente. Por tanto, la Iglesia, orante, pero al mismo tiempo en pie de lucha testimonial, lejos de escapar de la realidad en la que vive su fe, se compromete a trabajar por transformarla, hasta que se cumpla el proyecto divino de “*hacer nuevas todas las cosas*” (Ap 21,5).

La Iglesia se mira a sí misma como el pueblo de Dios de la nueva alianza, asamblea litúrgica en la que ya vive y actúa Jesucristo resucitado. Su misión es testimoniar aquí y ahora la presencia del que “*estaba muerto, pero ahora está vivo, por los siglos*” (Ap 1,18). Su fidelidad es la de la Novia que con vehemencia aspira a ser la Esposa del Cordero, en la Jerusalén celestial. Como todo lo creado, ella misma, está por ser esa plenitud que se consumará al final de los tiempos; pues si nada de lo creado desaparecerá como creación fallida, mucho menos la Esposa, la Iglesia.

El Apocalipsis se refiere en primera instancia al presente, pero apuntando al futuro. Entre esos se abre un enorme abanico de oportunidades para testimoniar la fidelidad a Dios y a Jesucristo, el “Testigo fiel”. La lucha contra el mal abre esa oportunidad. Su símbolo, Babilonia, la gran Prostituta (Ap17,1-2; 19,2), y sus servidores, forman parte de un sistema mundano que rechaza a Dios, porque sus intereses son de poderes terrenos, de la Bestia y de su falso profeta (Ap 16,13-14). Pero el Cordero, “Rey de reyes y Señor de señores” (Ap 17,14), tiene el poder para desarticular todo sistema inicuo y malvado. Por tanto, el Maligno y sus huestes ya están vencidos, pero los discípulos del Cordero, si en verdad permanecen fieles, alcanzarán la plenitud cuando sean transformados, en la Jerusalén nueva y eterna.

Así pues, la venida final de Cristo no puede ser entendida como un hecho aislado, espectacular y fantástico, rayando en lo mitológico. Será más bien el acontecimiento definitivo que coronará la presencia real del Resucitado, a quien invocamos, aquí y ahora, como Señor del mundo y de la historia. Su presencia final y gloriosa llenará los vacíos de valor presentes, de modo que todo lo que es genuinamente humano, gracia a él, alcanzará su absoluta y total plenitud.

El Apocalipsis, dirigido a cristianos de fines del siglo I d.C., que creían en la inminencia de la segunda venida del Señor, es siempre actual. Sus potentes y sugestivas imágenes, son claves de lectura para comprender la historia en razón del destino último de la humanidad y de todo lo creado. Aquella comunidad, sacudida por sincretismos, idolatrías y apostasía, como muchas de las nuestras, fue invitada a permanecer fiel al Señor. Aunque nuestros tiempos parezcan muy diversos a aquellos, sin embargo el Apocalipsis nos sigue invitando a una fidelidad creativa al Señor, sobre todo en tiempos difíciles y críticos, cuando pareciera que todo está perdido y estuviésemos condenados a caer en el irremediable vacío del “sinsentido”. Su mensaje revive nuestra esperanza cuando parece que no hay salida, que triunfa la injusticia y la maldad, que por doquier campea el mal, imponiendo la ley no sólo del más fuerte, sino la del más cruel y desalmado.

Si creemos en Jesús que vino, está con nosotros y vendrá con gloria, no cabe la desesperanza, ni la huida de la realidad. Nuestro caminar acontece entre la purificación (Ap 1,4-3,22) y el discernimiento (4,1-22,5), hacia la celebración de las bodas con el Cordero. El futuro importa, pero es la fidelidad del creyente en el hoy de cada día, la llave que va abriendo las puertas de la Jerusalén eterna, hogar definitivo para la victoria final del Cordero. Imposible olvidar que la salvación que Dios nos da en su Hijo es la misma ahora y al final de los tiempos. Está ya presente en la Iglesia y en el corazón de los suyos. No hay lugar para el miedo.

Toda esa experiencia de discernimiento, purificación, lucha y testimonio, que representa el camino de la Iglesia (asamblea litúrgica que escucha la voz del Espíritu, para vivir la fidelidad a Dios y al Cordero), que espera el triunfo definitivo, se encuadra en “el Día del Señor” (cf. Ap 1,10). Tiene gran sentido porque en el domingo los creyentes celebramos el Memorial de Jesucristo muerto y resucitado, el que “*está sentado en el trono y vive por los siglos de los siglos*” (Ap 4,9), pero también vive con nosotros y nos llama a reconstruir el mundo presente desde la fidelidad a él y la caridad con nuestros hermanos.

Para aquella comunidad creyente del primer siglo, pero también para las nuestras aquí y ahora, es esa despedida litúrgica que conforta, motiva e impregna de profunda esperanza, con la que concluye el Apocalipsis: “*¡Que la gracia de Jesús, el Señor, esté con todos!*” (22,21).

+Adolfo Miguel Castaño Fonseca
Obispo de Azcapotzalco
Responsable de la Dimensión ABP de la CEM